

á aquel asesinato un «suceso necesario y justo.» Espanta recordar las infamias que se escribieron sobre aquel crimen.

Toda la Italia se hallaba sagazmente minada.

Una carta de José Mazzini escrita en la misma fecha del asesinato de Rossi es otro dato que sirve para apreciar la permanente solicitud de los revolucionarios para perfeccionar su obra. El patriarca de los agitadores italianos decia á uno de sus compañeros:

«...Montanelli puede prestar un gran servicio á Italia con tal que sepa ser ministro italiano antes que ministro toscano, y siempre que la Constituyente no sea convocada con consentimiento de los príncipes, en cuyo caso no sería otra cosa que la sancion del federalismo.

«Importa sobre todo que los príncipes se amedrenten; y es preciso aprovechar para ello el momento actual. Á este resultado debería dirigirse Montanelli, poniéndose de acuerdo con los de Venecia y Sicilia, dejándoles entrever la posibilidad de ser auxiliados por el Piamonte. Conviene conservar paz con los príncipes, empero una paz silenciosa; por lo mismo no ha de insistir acerca de ellos, ni pretender persuadirles, pues, por Dios, no toleremos la formacion de un federalismo que, hijo de la Constituyente italiana, sería el resultado de la iniciativa europea,... importa que un grupo de hombres encargados de disponer la Constituyente dirijan á los Estados italianos una invitacion y una ley electoral, y que los Gobiernos se resuelvan á impedir las elecciones;... haz que Montanelli me avise así que conciba temores respecto de la adhesion de los príncipes; entonces me presentaré en Toscana, y solo mi llegada será bastante para inspirarles desconfianza en la Constituyente...»

Tales eran, entre otras, las cosas que Mazzini escribía á sus amigos; esta carta, como todos sus escritos, revela el espíritu maquiavélico del grande agitador. Nadie hasta entonces habia oido hablar con tanto desenfado de comprar concordias con moneda falsa de amistades, para vender luego á los infelices incautos. Digno castigo impuesto por la Providencia á los príncipes que, para conservar algunos años mas el cetro, abandonaban cobardes la causa de la justicia y del bienestar público, entregándose á inicuos aliados.

Italia desmoralizada podia temer el desenfreno de todas las pasiones; ya habia llegado la víspera de uno de los dias mas tristes que jamás Roma vió.

CAPÍTULO XXII.

LA REVOLUCION CONTRA EL QUIRINAL.—INCIDENTES POLITICOS.—PARTIDA DEL PAPA.

No debia ser menos fecundo que el anterior el dia 16 de noviembre. La revolucion impaciente queria coger pronto el fruto de su crimen. La sangre que habia sembrado en las escaleras de la Cancillería era el *alea jacta est* de la barbarie contra el derecho.

Desde que Rossi cayó exánime, la revolucion trató de llevar á término sus trabajos de zapa. Todos los cuerpos militares fueron tentados y seducidos. La milicia ciudadana consintió en olvidar las manifestaciones de cariño que de Pio IX tenia recibidas. La demagogia podia contar con la impunidad absoluta de sus excesos y crímenes. Á primera hora de la tarde del 16 los diferentes círculos romanos se reunieron con sus estandartes en la plaza del Popolo; la bandera del círculo popular, acompañada por una música, era la que representaba la iniciativa del movimiento.

Los caudillos del tumulto escribieron en un inmenso cartelón el programa que se iba á imponer al Papa.

El programa revolucionario estaba compendiado en estos cuatro puntos:

- 1.º Promulgacion del principio de la nacionalidad italiana.
- 2.º Convocacion de la Constituyente y formacion de un pacto federativo.
- 3.º Cumplimiento de las resoluciones de las Cámaras de diputados con respecto á la guerra de la independencia contra el Austria.
- 4.º Completa adopcion del proyecto de Mamiani del 5 de junio.

La muchedumbre resolvió dirigirse al Quirinal, pasando antes al palacio de la Cancillería á rogar á las Cámaras asociaran á la manifestacion una comision de representantes á fin de caracterizar mas los votos del pueblo.

La agitación de los ánimos no había permitido celebrar sesión en aquel día, empero algunos diputados casualmente allí reunidos se agregaron á la imponente procesion.

Ofrecía aquella multitud, á cada instante mas numerosa, el aspecto de las nubes que de todas las partes del firmamento salen, llevadas por el huracan, para confeccionar siniestra tempestad. Los rayos debian caer en aquella tarde sobre el Quirinal.

Los representantes de las naciones extranjeras comprendieron la gravedad del peligro en que iba á encontrarse Pro IX, y con reconocida nobleza volaron á aquel palacio para proteger con su presencia sus augustos derechos. Llegaron al Quirinal, antes que los demagogos, Martinez de la Rosa, embajador de España; el duque de Harcourt, representante de Francia; el conde Boutenieff, embajador de Rusia; el conde de Spaur, de Baviera; el conde Venda de Cruz, de Portugal; Figuereido, del Brasil; Filidekerque, de Holanda; los cardenales Antonelli y Soglia; los camareros secretos, Mons. Medici, el P. Vaures, el conde de Malherbe, Butaoni, el caballero Arnao, secretario de la Embajada de España, y el comendador Husson, que lo era de la de Portugal.

Consignemos ante todo que la espontaneidad de la presentacion de tantos y tan característicos personajes alentó el corazón conturbado del Papa, el que se había visto abandonado de sus Ministros, excepto el cardenal Soglia y Montanari (1).

La diputacion del pueblo no se hizo esperar; recibíola el cardenal Soglia en su cualidad de presidente del Consejo de Ministros, contestando que iba á someter el programa á la resolucion de Su Santidad, empero que podrian dar por indefectiblemente resuelto que nada obtendrian por la fuerza.

Al poco rato el Cardenal salió de su entrevista con el Papa, manifestando á la comision que Su Santidad queria reflexionar antes de resolver.

Inmediatamente una comision de oficiales de carabineros solicitó el honor de ser recibida por Pro IX; llegados á su augusta presencia, trataron de describirle la agitación de las masas, y lo conveniente que era ceder á las pretensiones del pueblo para evitar incalculables catástrofes.

El Papa les contestó con energía y dignidad: «Mi deber de Pontífice y de Soberano me prohíbe aceptar programa alguno traído con este espectáculo de coaccion; no, jamás.»

En aquel momento Martinez de la Rosa, interpretando perfectamente los sentimientos católicos de S. M. la reina D.^a Isabel II, acercóse á los comisionados diciéndoles: «Id, señores, y decid á los jefes de la sedicion que si persisten en su odioso proyecto, les será preciso pasar por sobre de mi cadáver para llegar á la sagrada persona del Soberano Pontífice; empero, en tal caso, la venganza de la España será terrible.»

Los carabineros contestaron: «Señor, aquí no venimos con otro objeto que el de evitar las consecuencias espantosas de la exasperacion del pueblo.»

Á lo que replicó el duque de Harcourt: «Si cumpliérais vuestro deber, evitariáis con las armas lo que no impediréis jamás con estériles palabras.»

(1) Una de las mas escandalosas defecciones fue la del ministro de la Guerra, Regnano. Diríjase á las Cámaras en coche, cuando recibió aviso de que Rossi acababa de ser asesinado. Sin pensar en el papel que iba á representar ante la historia, da órden á su cochero que le conduzca fuera de Roma, huyendo cobardemente sin despedirse de su Soberano, ni siquiera de su familia.

Y tomando otra vez la palabra Martinez de la Rosa añadió: «Tened entendido que los soberanos de Europa no dejarán impune un sacrilegio consumado ya por las impías asechanzas de una *canalla sin fe ni ley.*»

Los diplomáticos allí reunidos aplaudieron las palabras del representante de España. Confusos los carabineros, se excusaron diciendo: «Si el Papa lo manda, nos defenderemos, aunque indudablemente seremos víctimas del furor popular.» Respuesta en verdad poco guerrera. En un país en que enfrente de los representantes de las naciones y del Soberano propio revelan de tal manera los soldados el temor á la muerte en la pelea, no hay siquiera lugar á invocar las virtudes militares: ¿quién hubiera reconocido en aquellos carabineros, víctimas de la desmoralizacion demagógica, los descendientes de los impertérritos adalides que vencieron al mundo?

El cardenal Antonelli cuidó de poner el Quirinal en estado de rechazar un golpe de mano ó sea una oleada popular; todo era de temer en aquella hora suprema de vértigo.

Al saber el pueblo la negativa del Pontífice, estalla una horrenda tempestad. El grito de «á las armas» retumba por todas partes; algunos arrojan piedras contra el Quirinal, otros reclaman que se abran las puertas para que el pueblo pueda penetrar hasta los piés del Pontífice. En la puerta extrema de las que miran á la Puerta Pia algunos sicarios amontonan faginas y les pegan fuego, que, gracias al arrojo y celeridad de una seccion de bomberos y de suizos, pudo instantáneamente ser apagado. En medio de aquella infame confusion destacábanse varias figuras especialmente repugnantes, porque traian marcado en su indigna frente el sello de la mas odiosa ingratitud. Hombres á quienes solo la bondad de Pro IX, inmensa como es, era capaz de abrir las puertas de la patria; porque la frenología y la policia libraban simultáneamente contra ellos certificado de turbulentos. Entre aquellos tipos asquerosos veíase á Carlos Bonaparte, príncipe de Canino, cuya familia había encontrado único refugio á la sombra de la bandera pontificia.

No consigna la historia antigua que los amparados por las antiguas ciudades de refugio llevaran jamás la perversidad hasta incendiar los sagrados recintos en que fue salvada su existencia. Estaba reservado á estos corazones sin nobleza ni sentimiento dar testimonio de la mas crasa indiferencia para con la mano benefactora. Ellos se levantaron insolentes contra su constante amparo; fueron crueles respecto á la misericordia: ¡ay de ellos! La sociedad les calificará á lo menos de espíritus feroces, Dios los condenará como réprobos.

Combatiendo junto á estos tipos degradados veíanse una multitud extraordinaria de niños de doce á diez y seis años, organizados en batallon por sus inexpertos padres. Aquellos miserables jóvenes, empujados al camino de las aventuras por los que debian haberles guiado, por el amor á la paz, hácia las letras y las artes, formaban un cuerpo titulado de *La Esperanza.*

¡Triste es en verdad la esperanza en un porvenir que ha de ser sostenido por jóvenes cuyos instintos están fuera del quicio de la sensibilidad y de la ternura!

El batallon de los niños romanos acudió puntual á la cita contra el Quirinal. Llenos de entusiasmo por la independenciam de Italia, cuya esclavitud no habían tenido tiempo de estudiar, se hallaban dispuestos á apuntar sus armas hasta contra la altísima persona del Pontífice, si algun desalmado tuvie-

ra el capricho de darles orden. Bajo este concepto, la historia de Jerusalem es menos repugnante que la de Roma: los hijos de los hebreos aparecieron en escena el dia de los *hosannas* y de las *palmas*; empero, no se dejaron ver el dia de los *Tolle* y de la *crucifixion*. Comprendian los judíos que la mision glorificadora puede corresponder á los niños, ángeles en la tierra; mas no las reclamaciones de muerte.

Al lado de los niños de la *Esperanza*, mejor dicho, del espanto, agitábanse los jóvenes alumnos de la *Sapientia*; estos, olvidando los beneficios recibidos por el Sumo Pontífice, albergándoles é instruyéndoles en una de las primeras universidades del mundo, se rebelaron contra su benefactor y su padre.

La guardia nacional se hallaba pronunciada por entero; únicamente los suizos permanecian en su puesto de honor. Gloriosa fue aquella jornada para los incorruptos defensores de la Santa Sede. Varias veces se vieron expuestos á las furias de la plebe, sufriendo con una prudencia tan heroica como su valor las sátiras y diatribas que desde los grupos se les dirigian.

Los rebeldes arrastraron hasta *Monte Cavallo* un cañon llamado el *San Pedro*, para dispararlo, si necesario lo creyesen, contra el palacio del Soberano del mundo. Aquella pieza habia servido para saludar la amnistia y todos los benéficos decretos por Pio IX expedidos; ¡iniquidades asquerosas de la política! en aquella tarde, el instrumento del justo regocijo del pueblo se vió profanado, convirtiéndose en sacrilego medio de destruccion y de ruina.

Una detonacion oida en el interior del Quirinal dió origen al rumor de que los defensores del Papa asesinaban á los hijos del pueblo: ¡indignos ardidés de las turbas apasionadas! bastó esta calumnia para hacer rebosar la copa de la indignacion. Varios disparos de fusil arrojaron proyectiles en la sacra morada; uno de ellos hirió de gravedad á Mons. Palma, secretario de letras latinas, mientras una lucha cuerpo á cuerpo se trababa entre suizos y cívicos. El digno capitán de aquellos fue atado á la boca del cañon *San Pedro*, é iban á mandar fuego para destrozarlo cual indefensa víctima, si la impasibilidad del intrépido Meyer—que así era llamado—no le hubiera conservado bastante sangre fria para decir: «Recordad que yo al frente de veinte y cinco hombres reconquisté á la patria este cañon que en Vicenza estaba ya en manos de los austriacos. La historia consignará que los romanos hicieron de él el instrumento del suplicio de su libertador.» Los insurrectos respetaron el mérito de aquel valiente, y se contentaron con llevárselo como en rehenes hasta la noche, en que, gracias á la influencia de algunos de sus camaradas, le soltaron.

La decision del grupo de suizos salvó en aquella tarde la persona del Pontífice y de las personas que le rodeaban; dignos son los nombres de aquellos fieles de que la posteridad los lea con respeto (1). Solo ellos y algunos guar-

(1) Estado nominal de los oficiales, subalternos, cabos y alabarderos que en 16 de noviembre de 1848 tomaron una parte activa en la defensa del Quirinal.
Capitan comandante, Meyer de Schauensée (Leopoldo) de Lucerna.
Primer teniente, Gebistorff (Jaime) de Lucerna.
Cajero, Pfiffer d' Altshofen (Alejandro) de Lucerna.
Juez, Herzog (Pedro) de Lucerna.
Sargento primero, Grutter (Félix Martin) de Lucerna.
Sargentos, Sturni (Jaime) de Friburgo.—Schmid (Pedro) de Lucerna.—Tosetti (Agustin) del Tessino.—Burkert (Cristian) de Soleure.
Cabos, Jeker (Benito) de Soleure.—Neuhaus (José) de Friburgo.—Widmer (Jaime) de Lucerna.—Hartmann (José) de Lucerna.—Meler (José) de Argovia.
Alabarderos, Gimelin (José Antonio) de Grisonés.—Marfort (Antonio) de Lucerna.—Stade-

dias móviles permanecieron en sus puestos como buenos militares y excelentes cristianos. Los jefes de los transtiberinos, que estaban poseidos del mas ardiente celo por la defensa de la causa pontificia, no se presentaron á acudillarlos.

Otra defeccion mas notable que las anteriores reveló en aquella tarde un gran misterio de iniquidad; el representante del Piamonte no se hallaba en el Quirinal. ¡Ausencia significativa é injustificable! Advertiólo Pio IX, y llamó sobre ello la atencion de los representantes.

En aquellas horas los elementos revolucionarios se sintieron necesitados de la unidad de accion. Instintivamente se formó un centro directivo en el café de las Bellas artes, al que acudieron presurosos Sterbini, el príncipe Canino, Vinciguerra, Spini y Pinto. Á esta especie de directorio vinieron sumisos á buscar órdenes todos los apóstatas y desertores de aquel dia; los funcionarios del Gobierno, los empleados públicos, algunos nobles, algunos, aunque pocos, príncipes romanos. Los comandantes de los cuerpos armados ofrecieron al Comité sus espadas. La defeccion de la gente activa fue casi general. Las personas llamadas de orden, y que mas propiamente deben apellidarse egoistas, se encerraron en sus casas.

En la plaza Pilota tuvo lugar el solemne abrazo del ejército con el pueblo. El nombre de Pio IX era pronunciado ya como el de un soberano sospechoso. Á los gritos de ¡Viva la independencia nacional! se mezclaron aclamaciones á la república romana.

Las muchedumbres, obedeciendo á altas insinuaciones, reclamaron el inmediato envío de una comision definitiva al Padre Santo, encargada de comunicarle el *ultimatum* del pueblo. Galletti fue nombrado presidente de los emisarios.

Pio IX consintió en recibir una vez mas á sus inquietos hijos. La entrevista con Galletti fue secreta, y duró como cosa de tres cuartos de hora. Al salir el traidor abogado se hallaba pálido, confuso, perturbado. Sus ojos no se atrevieron á mirar á los embajadores, que le contemplaban como á la personificación de las mas inexplicables indignidades morales y políticas.

Pio IX reapareció ante la Europa congregada á su sombra, y con su tranquilidad característica: «Señores, dijo á los representantes de las potencias,

In (Martín) de Schwitz.—Belmund (Remigio) de Schwitz.—Inecken (Gaspar) de Lucerna.—Herzog-Junior (José) de Lucerna.
Tambores, Kost (Cristóbal) de Zug.—Ferari (Francisco) de Tessino.
Alabarderos, Maresolé (José) de Tessino.—Odermatt (Félix) de Unterwalden.—Uttinger (Cristian) de Zug.—Hürzeler (Jerónimo) de Soleure.—Schmid (Antonio) de Lucerna.—Butschard (Nicolás) de Friburgo.—Karli (Martín) de Argovia.—Schonp (José) de Argovia.—Frey (Jaime) de Lucerna.—Stierli (Juan) de Argovia.—Studer (Armando) de Soleure.—Studer (Juan) de Soleure.—Kolliker (Victor) de Soleure.—Kaeser (José) de Friburgo.—Marimat (Pedro) de Lucerna.—Zimmermann (José), de Lucerna.—Marfort (Juan) de Lucerna.—Zehnder (Pedro) de Zug.—Neuhaus (Jaime) de Friburgo.—Schiltknecht, de San Galo.—Kamer (Bautista) de Schwitz.—Weillsbach (Jaime) de Argovia.—Guntren (Valentin) de Valais.—Brundler (Juan) de Lucerna.—Weimann (Gaspar) de Unterwalden.—Borke (José) de Soleure.—Schmid (José) de Lucerna.—Anderég (Mauricio) de Valais.—Burkart (Jaime) de Soleure.—Camenisch (Antonio) de Grisonés.—Marfat (Félix) de Lucerna.—Hunkeler (Antonio) de Lucerna.—Sigríst (Luis) de Lucerna.—Bouret (Guillermo) de Friburgo.—Wis (Urso) de Soleure.—Brunner (Victor) de Soleure.—Marimat (Jaime) de Lucerna.—Pfiffer (Vicente) de Lucerna.—Kost (Pedro) de Zug.—Koch (Jaime) de Argovia.—Strim (Javier) de Turgovia.—Klausen (Antonio) de Valais.—Klausen (Fernando) de Valais.—Albi (Juan) de Friburgo.—Betschart (Francisco) de Schwitz.—Brunner (Gabriel) de Soleure.—Hub-cher (Jaime) de San Galo.—Egger (Juan) de Friburgo.—Gredler (Juan) de Soleure.—Marfurt (Luis) de Lucerna.—Marfurt (José) de Lucerna.—Wider (Nicolás) de Friburgo.

para evitar la efusion de la sangre de mis hijos, acabo de hacer el último sacrificio: *Non plus ultra*. He dejado á la sabiduría de las Cámaras la resolución de las peticiones que se me imponían. He *sufrido*, conste la palabra, he *sufrido*, no formado, he *sufrido*, repito, un Ministerio compuesto del abate Rosmini para la Instrucción y Presidencia.

Mamiani para Estado.

Galletti para Gobernación.

Serbini para Comercio.

Campello para Guerra.

Lunati para Hacienda.

Sereni para Justicia.»

Luego Su Santidad con varonil firmeza añadió: «Señores, ya lo veis, me hallo aquí como prisionero. Han querido quitarme mi guardia y entregarme á merced de otras personas; completamente solo, no he tenido mas norte que el evitar se derrame una sola gota de sangre fraternal por mi causa. Todo lo sacrifico en aras de este sentimiento.

«Empero, señores, quiero al mismo tiempo que sepais, y lo declaro ante la Europa, que no tomo ni siquiera nominalmente parte alguna en el Gobierno que se me ha impuesto. He prohibido que se abusara de mi nombre y hasta que se recurriese á las formas ordinarias.»

Grande fue la admiración de los embajadores ante la magnanimidad del soberano y la perfidia del pueblo.

Cuando Galletti notificó á las turbas que el Papa confiaba á la sabiduría de las Cámaras la resolución de las peticiones populares, locas de alegría volaron las muchedumbres á transmitir la buena nueva á los extremos de la ciudad. Los guardias cívicos, y los que á sí propios se habían armado, dispararon al aire sus fusiles en señal de regocijo.

¿Qué celebraban los incautos?

La forzosa abdicación del que se había manifestado tiernísimo padre del pueblo; del que había gobernado con la justicia y el amor; del que fijaba su bello ideal en labrar la felicidad de su adorada Roma.

¡Acababan de destronar á la virtud, y por legítima consecuencia la maldad empuñaba el cetro!

¡Pobre Roma!

El cuerpo diplomático, alcanzada ya una solución, aunque no mas de momento, repitió al Padre Santo la seguridad de su adhesión y del apoyo de sus respectivos Gobiernos, y se despidió.

Aquellos egregios varones habían pasado el día sin comer, olvidados de sí mismos, solo atentos á la sagrada persona del Pontífice y á los importantes intereses de la causa que en ella venía vinculada.

Una de las primeras disposiciones del nuevo Ministerio fue decretar el desarme de la guardia suiza, es decir, quitar al Papa sus últimos y mas fieles defensores.

Pio IX hubo de consentir en este nuevo desacato, empero los suizos se manifestaron dignos de su historia; al comunicárseles la orden del nuevo Ministro de la Guerra, «Jamás, contestaron; estamos aquí para la defensa del Papa, y seremos una roca. En cuanto á las armas, si *la canalla* las quiere, que venga á tomárnoslas. Morirémos con ellas si es preciso, y solo las depositarémos, si se nos exige, á los piés de nuestro Soberano. Los suizos del Papa sucumben,

no se deshonran. Si el Papa nos pide las armas, tuyas son; nosotros las depondrémos á sus plantas.»

Fue necesario que el Papa les persuadiera que era indispensable aquel sacrificio, á fin de evitar inmensos sacrilegios é irremediables catástrofes, para que se resignaran á soltarlas de la mano.

Entonces se vieron aquellos valientes deponer el instrumento de su gloria, trémulos, desesperados, llorando como niños. ¡Patético cuadro que enterneció el sensible corazón del augusto Pontífice, quien recibió en ello un testimonio admirable de la fidelidad que en sus pechos conservaban!

El abate Rosmini, designado por Galletti para la presidencia del Ministerio, no quiso aceptar el puesto que se le ofrecía. Hombre de cualidades relevantes y de virtud acrisolada, no quiso resignarse á manchar para siempre su reputación pública aliando su nombre á los de los invasores de las mas altas y sacrosantas atribuciones.

Galletti sustituyó el abate Rosmini por Mons. Muzzarelli.

¡Cosa particular! Los que habían clamado: «Fuera los eclesiásticos del poder» se afanaban en buscar determinados sacerdotes por égida de sus combinaciones políticas. Encontraban á la sombra del manto cierta seguridad que buscaban en vano debajo de la toga ó de la espada.

El Ministerio sintió necesidad de dirigir la palabra á los Estados pontificios. Esforzaronse los Ministros en simular que su situación era completamente moral, y hasta en fingir una especie de concordia con el Soberano Pontífice: hé ahí de qué manera se expresaron:

«Llamados al Ministerio en medio de circunstancias extraordinarias, y cuando por nuestra parte la negativa sería poner en peligro la actual forma constitucional del Gobierno del Estado, asustaríamos la gravedad de las cosas y de los tiempos, á no sostenernos el pensamiento de que nuestro programa político, no solo se halla en armonía con los principios proclamados por el pueblo, si que también con aquellos que despues de una séria deliberación han sido aceptados por nuestras Cámaras legislativas; principios que servirán de regla á todas nuestras acciones, mientras permanecerémos en el poder.

«Entre estos principios hay uno que ha recibido de una *manera solemne el consentimiento del Soberano*, y en cuanto al otro principio, ha dado palabra de ponerse de acuerdo con el nuevo Ministerio para que se redactaran proposiciones análogas, que deberán sujetarse á la aprobación de las Cámaras deliberativas.

«El principio de la nacionalidad italiana, cien veces proclamado por nuestro pueblo, y por las Cámaras y por nosotros aceptado, *ha sido sancionado sin reserva* por el príncipe, cuando lo recordó con paternal celo al emperador de Austria en una carta misiva.

«Para realizar este bien creemos indispensable ejecutar las deliberaciones aceptadas por las Cámaras de los diputados concernientes á la independencia italiana; á este fin, nos adherimos francamente á los acuerdos y deseos de los representantes del pueblo.

«Nadie dudará de nuestra completa conformidad al programa del 8 de junio, acogido con tanto entusiasmo por las Cámaras deliberativas.

«La convocación de una Constituyente en Roma y la redacción de una acta federativa son principios y máximas que hallamos formulados en los deseos

de una Dieta en Roma destinada á discutir los intereses generales de la patria comun.

«Hoy que viene á unirse á esta máxima fundamental el *asentimiento del príncipe*, que también desea someterlo á la decisión de las Cámaras, del Soberano que la Italia toda ha saludado como el iniciador de su libertad y de su independencia, nuestro corazón palpita á la idea de la proximidad de aquel momento en que le será dado esperar al fin la celebración de aquel pacto federativo, que respetando la existencia de los Estados aislados, y dejando intacta su forma de gobierno, servirá para asegurar la libertad, la unión y la independencia de la Italia. Esta obra tendrá su perfección, como lo creemos, cuando se asociarán á ella la gloria de Roma y el nombre reverenciado del Pontífice.

«Con este programa nos presentamos ante el pueblo y las Cámaras. Si el pueblo nos dispensa su confianza, nos esforzaremos para continuar mereciéndola. Las Cámaras van á ser convocadas para manifestarnos si nos conceden también su confianza. Y la esperamos si sus principios políticos continúan siendo hoy lo que fueron en el pasado.

«Firmado: C.—E. Muzzarelli, presidente.

«Galletti, Sterbini, Lunati.»

Los demagogos esperaban un programa más subido de parte de los que habían tenido el arrojo de asaltar el poder. El tinte de moderación relativa que se nota en el anterior documento excitó el descontento de los clubs. En el seno mismo del Ministerio, Sterbini formuló sus protestas. Era preciso escribir con la punta del puñal mojado en sangre retrógrada para satisfacer las aspiraciones brutales de aquellas hordas. Ya el Papa no era para estas digno de los miramientos y de las consideraciones de una diplomacia anticuada.

El príncipe de Canino defendía desde las afueras del Gobierno la urgencia de acentuar los sentimientos de emancipación. La Iglesia es, decían, un estorbo perpetuo á la marcha del progreso. La civilización exige el sacrificio de la fe.

Los impíos empuñaban el cetro, y se estremecían ante el espectáculo de su propio imperio. Habían evocado los abismos para tener la audacia de gobernar sobre ellos; empero su inmensidad y su negrura les aturdián. La posesión del poder calma la fiebre de las pasiones.

Galletti, adversario constante de los hombres de Estado, sentía la grandeza de la misión de los Gobiernos; revestido del poder, aspiraba á la dignidad que antes no había conocido. Empero las virtudes y la grandeza no se improvisan. Hay frentes que no se avienen nunca á ser sillas de gloriosas aureolas. El hombre reptil, al levantar de la tierra su cabeza, enseña siempre las manchas del lodo en que habitualmente se revuelve. Si un día se esfuerza en levantarse é intenta volar, todo lo más será murciélago, agitador de sombras, nunca podrá aspirar á cerner majestuoso sus alas ante el sol, como el águila arrogante, noble y legítima por naturaleza.

¡Galletti hablando el lenguaje de los políticos sensatos! ¡Oh! no, ¡no es más concebible el reptil elevándose á las regiones puras que el ave sin esfuerzo domina!

Aquella colección de hombres infames, esforzándose en hablar un lenguaje digno, constituían la más repugnante monstruosidad.

Como si escasearan las cuestiones planteadas, el siniestro Ministerio re-

movió la punzante cuestión social ó del trabajo. Llenos de ideas socialistas, intentaron aumentar la confusión del caos en que Roma se hallaba envuelta, suscitando la guerra entre el capital y el proletariado.

Roma era ya Babilonia.

El Padre Santo estaba firme al pié de la cruz; para él aquellos días formaban una noche prolongada; el Quirinal era el Getsemaní, al que uno tras otro bajaban los Ángeles de la pasión presentándole en cien copas sucesivas todas las amarguras capaces de ser probadas por el labio humano.

Él no tenía sino una palabra, aunque las abarcaba todas en su cristiana expresión: «Padre, sea hecha tu voluntad; empero para que la haga muéstramela.»

Los adictos al Pontificado empezaron á indicarle la necesidad de sacudir sobre Roma el polvo de sus venerables sandalias. Era ya muy discutible si el Santo de los santos de la tierra estaba en su lugar en aquel suelo mancillado por tantos crímenes, por tantas prevaricaciones y por tantas obscenidades.

El báculo había venido á parar en objeto de irrisión.

Pro IX vacilaba; siempre de rodillas esperaba la luz, y presentía que al llegar la hora el cielo le hablaría al oído.

Permanecer en Roma le repugnaba; marcharse de ella ofrecía para su alma pastoral la inmensa dificultad del abandono de su grey, y de sus altares, y de los monumentos levantados por los siglos.

En medio de aquella cruel incertidumbre un incidente providencial le decide. El piadoso obispo de Valencia (francés) le remite una preciosa reliquia, que llega precisamente á manos del Papa en la noche del 22 de noviembre.

La incomparable reliquia vino acompañada de una carta llena de fe, de amor y de celo. Es otro de los consoladores documentos de aquel tempestuoso período; dice así:

«Santísimo Padre:

«Durante las peregrinaciones de su destierro en Francia, y sobre todo en Valencia, donde murió y donde descansan su corazón y sus entrañas, el gran papa Pío VI llevaba la santísima Eucaristía sobre su pecho ó sobre el de alguno de los prelados domésticos que le acompañaban en su coche. En este agosto Sacramento poseía una inextinguible luz que le comunicaba fuerza en sus padecimientos y un inefable consuelo en sus dolores, mientras que en él hallaba el saludable Viático para la eternidad. Soy poseedor de un modo cierto y auténtico del pequeño relicario que servía para un uso tan religioso, tan tierno y tan memorable, y por lo tanto me atrevo á ofrecerlo á Vuestra Santidad. Heredero Vos del nombre, de la silla, de las virtudes, del valor y casi de las tribulaciones del gran Pío VI, daréis algún precio á esta modesta, pero interesante reliquia, que, como lo espero, no recibirá igual destino. Sin embargo, ¿quién conoce los designios de Dios en las pruebas que su providencia envía á Vuestra Santidad? Yo ruego por Vos con amor y fe. Dejo el relicario dentro la bolsita de seda que lo contenía y que servía á Pío VI, y se halla en el mismo estado que cuando estaba suspendida del cuello del inmortal Pontífice.

«Conservo un precioso recuerdo y una profunda gratitud á las bondades de Vuestra Santidad en la época de mi viaje á Roma el año último. Dignaos aun añadir á ellas vuestra bendición apostólica que aguardo arrodillado á vuestras plantas.—PEDRO, obispo de Valencia.»